

CHINA-U.R.S.S.

¿Es posible una guerra mayor, una guerra abierta entre China y la Unión Soviética? Una respuesta afirmativa parece irracional, pero lo irracional no está excluido de las relaciones humanas, mucho menos de las relaciones políticas. Los textos emitidos por los dos países a raíz de los últimos incidentes fronterizos en la provincia del Sinkiang son alarmistas. Especialmente Pekín, que no cesa de denunciar los «preparativos de guerra» de la U.R.S.S. y señala que el objetivo soviético es «la destrucción de las bases en que China ha realizado recientemente ensayos de bombas atómicas». Efectivamente, los polígonos atómicos chinos se encuentran bordeando la frontera de Mongolia. Los expertos militares occidentales no se han explicado nunca bien por qué China ha situado sus centros atómicos con tanta proximidad a la Unión Soviética. El terreno de ensayos atómicos está situado en Lop Nor, las dos importantes centrales de fisión nuclear están en Lanchou y Paotou. Si la U.R.S.S. quisiera hacer una guerra preventiva, éste sería su objetivo más necesario y, al mismo tiempo, el más fácil. No solamente por la proximidad de la frontera, sino por la naturaleza de las poblaciones al norte del Sinkiang, grupos étnicos de nacionalismo fuerte que se consideran como colonizados por el gobierno de Pekín. El grupo más fuerte es el de los kirguises, originarios de la región de Kazakstán, que es una de las repúblicas socialistas soviéticas. El segundo secretario del partido en esta república acaba de publicar un artículo en «Pravda» en el que anuncia que todas las organizaciones del partido se dedican estos últimos tiempos a preparar «la defensa civil». Pekín ha denunciado ya que la U.R.S.S. se dedica a una propaganda masiva sobre estas poblaciones para enfrentarse con el gobierno central chino, mientras Moscú, a su vez, acusa a los chinos de realizar una propaganda similar con Mongolia. Efectivamente, cerca de cincuenta emisoras de radio chinas emiten continuamente programas políticos en la frontera de Mongolia; durante 1968, los chinos han distribuido en esa república unos treinta mil documentos distintos de carácter antisoviético, y el número de libros y folletos enviados por la U.R.S.S. a Mongolia de 1962 a 1967 se evalúa por la U.R.S.S. en más de quince mil títulos diferentes.

¿Significa esto la posibilidad de una guerra abierta? En el Pentágono, según los computadores —que, ya se ha visto, están muy lejos de ser infalibles—, la posibilidad de guerra se calcula en la proporción de uno contra cinco. En el Japón, el cálculo es más optimista: una posibilidad de guerra contra diez en los próximos diez años. Estos cálculos están hechos sobre bases racionales, y es preciso repetir que los factores irracionales en esta clase de conflictos son muy importantes. La principal base negativa es que una guerra abierta no conviene ni a Pekín ni a Moscú. Las guerras se comienzan cuando uno o los dos países implicados estiman que es más peligrosa la paz que la guerra. China, por sus declaraciones y documentos, parece que considera así la situación. Cuando habla de la colusión de los Estados Unidos con la U.R.S.S. no está haciendo solamente propaganda fácil para su propio pueblo y para los países proletarios. Lo cree sinceramente o ha llegado a creerse su propia propaganda. El informe de 24.000 palabras del mariscal Lin Piao, ministro de Defensa —y sucesor de Mao—, leído al congreso del partido el 1 de abril, está dedicado casi íntegramente a la consideración de que la U.R.S.S. es el primer enemigo de China, y se dice —como rumor— que en ese mismo congreso se leyó un mensaje secreto de Mao, en el que calificaba a la U.R.S.S. de «enemigo número uno» de China.

Para los actuales dirigentes chinos, la mayor peligrosidad soviética consiste en creer que los Estados Unidos están terminando una etapa asiática, como consecuencia de su amarga situación en el Vietnam; que la nueva política asiática de Nixon no es más que un abandono de posiciones y que en cualquier momento podrían negociar con Estados Unidos un «statu quo» que les fuese relativamente favorable. Pero los Estados Unidos pueden invertir esa política si se encuentran

apoyados en Asia por la U.R.S.S., y suponen que esto está ocurriendo ya. La U.R.S.S. aumenta su peligrosidad por el hecho de ser un país comunista y, más aún, un país que aún conserva el prestigio de ser el fundador del comunismo. Podría «infiltrar» su «revisiónismo» en China y, de hecho, esto ha sucedido ya con algunos dirigentes importantes, como el Jefe del Estado, Liu Chao Chi, que tendía a «la capitulación frente al imperialismo» y la «supresión de los movimientos revolucionarios». Las continuas declaraciones a la población, las arengas a las tropas, las consignas repetidas el fin de semana pasado, en las manifestaciones antisoviéticas, insisten en que el pueblo chino debe estar preparado para cualquier clase de guerra y que la seguridad interior del país está amenazada gravemente. Todo parece indicar que Pekín, realmente, está sufriendo una crisis de miedo por la situación actual. El miedo es mutuo, Moscú teme seriamente que Pekín pierda toda contención. Todos los últimos movimientos políticos, diplomáticos y militares de Moscú indican esta fascinación por los seis mil kilómetros de frontera que la separan de China, en los cuales han instalado unos setecientos mil hombres y unas bases de lanzamiento de proyectiles. Se dice que las fuerzas chinas, al otro lado de la frontera, son ligeramente superiores, aunque peor dotadas en armamento moderno.

Una guerra entre la U.R.S.S. y China puede realizarse de varias maneras. Es en estos días tema de estudio en los Estados Mayores. Podría iniciarse con cualquier incidente fronterizo, podría limitarse a una especie de «blitzkrieg» como la que lanzó Hitler contra Europa, en la que las unidades soviéticas trataran de apoderarse en un relámpago de las bases atómicas chinas. Pero no es lógico pensar que China no tenga más bases atómicas que las conocidas. ¿Respondería a esta guerra convencional con las armas atómicas que pueda tener en estos momentos o continuaría con una guerra convencional? Una acción soviética contra China —como defensa propia, como respuesta a un incidente, como guerra preventiva—, ¿qué efecto tendría en el interior de China? ¿Supondría una subversión inmediata contra Mao o, al revés, le fortalecería más? ¿Tendrían los soviéticos que avanzar profundamente en el territorio chino para mantener sus conquistas y se encontrarían con un inmenso Vietnam, con una enorme guerra de guerrillas? ¿Llegarían a emplear la bomba atómica? ¿Qué efecto tendría todo ello en el movimiento comunista mundial? ¿Cuál sería su repercusión en el tercer mundo? ¿Y en el interior de la U.R.S.S.? Todas estas preguntas son las que alimentan ahora los computadores del Pentágono y las que estudian los Estados Mayores. Las respuestas son, generalmente, negativas. Ninguno de los dos países puede ni debe afrontar una guerra de ese tipo. La pregunta final es: ¿habría un vencedor? ¿Quién sería? La mayor parte de los observadores militares parecen coincidir en que el posible vencedor sería la Unión Soviética, y no solamente por su superioridad militar, sino por el supuesto de que en China se instalaría rápidamente un gobierno «anti-Mao», un gobierno y una dirección de partido que quisiese continuar el comunismo por la «vía soviética». Si esto llegase a ser así, los beneficios que están obteniendo los Estados Unidos —y, en general, lo que se llama el mundo de Occidente— por la tensión chino-soviética desaparecerían y el actual equilibrio de poderes se convertiría en una situación inversa. Un triunfo militar de China sobre la U.R.S.S. —es decir, una invasión china del territorio soviético— parece impensable. Pero la U.R.S.S. estaría indirectamente derrotada, y gravísimamente dañada, si su victoria sobre China no fuese inmediata, si se prolongase meses y, probablemente, años. Toda su fuerza política, toda su fuerza económica se desangraría por esa inmensa frontera y en ese inmenso país. En resumen, todos los análisis conducen siempre a la misma conclusión, la de que con un ápice de responsabilidad ni la Unión Soviética ni China deben continuar adelante en la serie de incidentes que pueden desembocar en una guerra, y que los Estados Unidos no deben tener el menor deseo de que tal guerra se produzca, sino que deben tratar de mantener la difícil situación actual de hostilidad sin resolución.